

recer el asunto, á los dos ó tres que conozco. Tal como es, el relato me ha distraído quizás á causa de esta duda acerca de la real identidad del narrador que ha tomado como careta el seudónimo balzaciano, de Monfrey. Ya sabe el lector tanto como yo acerca del origen de este relato; me he resuelto á darlo tal cual es corrigiendo sólo dos ó tres errores de fecha, algunas inexactitudes de ortografía italiana y poniéndole un título. Estos pequeños errores, primero me habían parecido una garantía de autenticidad. Bastaba tener un *Baedeker* para rectificarlos. ¡Mas es tan sutil la señora\*\*\* que tal vez haya cometido de propósito estas faltas!... Pero ya es mucho epilogar, le dejo la palabra, — ¿á él?... ¿á ella?

P. B.

## I

POR qué me marché de París sin despedirme de usted, señora?... ¿Estará usted en su saloncito, cuando reciba esta carta, sentada en el sillón, al lado de la mesa llena de chucherías donde la he visto tantas veces colocar el libro que estaba leyendo, cuando yo venía á importunarla con mi presencia? Si es así, tome usted el espejito de mano montado en plata cincelada que me había permitido ofrecerlos el primero del año anterior. Mire usted sus veintiséis años y su sonrisa, y luego cierre usted durante un segundo sus hermosos ojos azules y mire con el pensamiento — si puede conseguirlo — el rostro ajado, la barba gris y la quemada frente del viejo pintor que se llamaba como en la Escritura, pero muy poco cristianamente, su inútil servidor... Acuérdesse también de cierto sarao musical no muy lejos de su calle de Constantina en el hotel Nerstaing. Voy á precisar sus recuerdos. Una linda mujer puede olvidarlo todo menos un traje que la hacía aún más bonita. Llevaba usted la más deliciosa levitita de seda tornasolada sobre un vestido de encaje. Cantaban los versos divinos de Hugo :

...Puisqu'ici bas tout âme  
Donne à quelqu'un... (1)

¡Y durante toda la noche no se separó usted del joven Eduardo de Bonnivet!... Ya frunce usted el entrecejo. El iris de sus ojos se pone más obscuro. Toma usted la expresión *gratin* como dice su prima Magdalena. Estoy

(1) Ya que en la tierra, toda alma á alguien da...

oyendo que usted me interpela : « ¿Sabe usted á quién habla, mi pobre Monfrey?... » ¡Ay, qué prudente he sido al hacer que esta frase me sea dicha desde lejos... muy de lejos! — tanto más cuanto que á esta distancia tengo el valor de no hacer caso de su pique y de repetirle : « Sí, no se ha separado usted en toda la noche del joven Eduardo de Bonnivet... » Cierto que estaba usted en su derecho, y quiero además declarar, en seguida, que de ello no he sacado ninguna consecuencia, nada, sino que el servidor inútil llegaba á convertirse en servidor ridículo, y he sentido despertar en mí los más injustificados, convengo en ello, pero los más dolorosos, — los menos legítimos, sigo conviniendo en ello, pero los más irresistibles celos. Cuando usted empezó á favorecerme con su afecto en el otoño pasado, — en Malenoue, en esa pacífica morada donde veraneábamos juntos, — la dije (era en el *fumoir*, después de comer) : « Tenga usted cuidado. Yo me conozco. Va usted á hacer que me enamore de usted ». Y usted, encogiendo sus finos hombros, — ¿quiere usted que le describa este otro traje de terciopelo azul pavo real? — contestó : « De mí no se enamora nadie. » Esta frase la conozco yo también. Permítame usted — á distancia de mil kilómetros — que siga pensando en voz alta. Es uno de estos pequeños y detestables compromisos de conciencia, familiares en las coquetas francas. Existen. Usted es una de ellas. Es como si me hubiera usted dicho : « Pierde usted el tiempo, mi pobre Monfrey : ya está usted avisado; pase lo que pase no tendrá usted que reprocharme nada. En esas condiciones si le conviene hacerme la corte, bueno. No me disgusta usted mucho en ese papel. Prueba de ello que no lo he echado de casa después de esta semideclaración... Pero no tendrá usted ni esto, ¿entiende usted? ¡ni esto!... » Confiese usted que esta es la traducción exacta de este « de mí no se enamora nadie » pronunciado con la más encantadora y tierna de las sonrisas. ¡Ay! He llegado á ser enamorado, enamorado burlado, pero también lúcido, que es lo peor... Tanto que el sarao de casa de los Nerestaing fué para mí un verdadero suplicio. No he podido soportar su floreo con el joven Bonnivet, ni más ni menos que si yo hubiera tenido acerca de su

coqueta persona los derechos que no tengo. Salí de ese hotel de mis pecados como un loco; después pasé la noche llorando como un imbécil; y la escribí unas veinte esquelas como un colegial. Tranquilícese, las he roto, no las recibirá usted nunca. Cuarenta y ocho horas más tarde tomé el tren rápido para el Mont-Cenis, sin haberla vuelto á ver. Por mucho que uno haya llegado á ser « mi pobre Monfrey » y lleve en su calva cabeza dos veces sus veintiséis años de usted, recuerda uno el haber sido caballo de raza, en su tiempo y se muestra energía cuando es menester. Dos veces veintiséis años, representan en un artista algo conocido, la ventaja de haber pintado los bastantes retratos para haber conquistado la independencia. Puede cerrar su estudio y correr por el mundo cuando comprende que está á punto de hacer grandes locuras... He aquí señora, porqué me he marchado de París...

Usted advirtió mi ausencia — al cabo de seis semanas, — fué la primera en escribir con un : *Se ruega hacer seguir á su destino la carta, en caso de ausencia*, cuya ironía he sabido apreciar. Vea usted. Su servidor comprende que le es á tal punto inútil que para él es un éxito hasta que se digne usted burlarse de él en un sobre de cartas. Sería otro éxito si pudiera conseguir desde su destierro hacerle pasar dos horas divertidas y con esa intención ha tomado la pluma, como dicen los quintos en sus cartas á la novia. No rompa usted, pues, estas cuartillas sin leerlas. Los madrigales y las quejas de estas primeras páginas tienen solamente el fin de evitar que se me pierda la costumbre de ello cuando vuelva, porque se vuelve siempre de esos viajes de olvido. Y dirá usted, y yo mismo digo : ¿Entonces para qué marcharse? Más vale no hablar de ello. No tema usted que la importune con un sentimiento que el destierro exaspera en vez de calmar. Quiso el azar que este viaje improvisado me hiciera testigo y hasta actor en una comedia cuyos episodios han debido ser divertidos puesto que me han distraído algo de usted, — ¡oh! ¡no mucho! — y la prueba de ello es que no he dejado, mientras se desarrollaban las peripecias, de pensar : « ¡Cómo reirá *ella* cuando le cuente esto! » Y *ella* era usted, señora, á quien yo

no escribía y quien no me escribía tampoco. Había yo tomado el tren con el fin de poner entre nosotros los dichos mil kilómetros, y seguía viéndonos como en algunas noches que pasábamos á solas, yo contándole anécdotas de mi vida de artista y de bohemio, y usted riendo á mandíbula batiente como si fuera usted en vez de una dama con hotel y automóvil una simple *griseta* mal alojada, sin más coche que sus lindos pies, pero apasionada y natural. La especie existía hace unos veintiséis años, — época en la cual no había usted nacido aún. Yo viajaba ya por Italia, después de haber fracasado en las oposiciones al premio de Roma, y había llegado allí, solo y á mi costa. Este primer viaje forma también parte de la aventura. Pero ya que ha querido usted oírme (porque usted me oye, señora, lo sé, hay algo en mí, que me lo dice), empecemos por el principio.

## II

EL principio fué mi llegada á Milán en una clara tarde de fines de Abril, un jueves. Calcule usted: la velada musical se verificó un lunes. El tiempo dellorar, de escribir las veinte esquelas que no mandé, de arreglar los asuntos urgentes, y preparar la maleta. Confiese usted que aproveché el tiempo. Me figuro que va usted á preguntarme: « ¿Por qué Milán?... » ¿Por qué? Primero porque amo esta ciudad con pasión, su inmenso llano cubierto de arrozales, y surcado por acequias, la línea azulada de los Alpes en el horizonte, sus largas avenidas en las que luce la brillante opulencia de una ciudad, moderna, y al lado sus estrechas calles semiespañolas, en las cuales se levantan antiguos palacios. Me agrada ese dialecto milanés algo rudo con sus guturales « *ù* ». Me gustan las grandes facciones de esos rostros lombardos en los cuales los rasgos de la vejez, se hacen tan nobles, tan severos y la gracia de la juventud tan lánguida y tan dulce. Y luego ¡ qué tesoros de arte menos desflorados que los de Roma, de Florencia y de Venecia ! Los turistas pasan por Milán, pero casi nunca se detienen allí. ¡ Cuántas horas he pasado, en el primer viaje del cual os hablé, contemplando en el museo de la Brera, las pálidas pinturas al fresco del suave Luini; en el de la Ambrosiana la *Virgen coronada* de Borgognone; en el Poldi Pezzoli, el *Salvador* de Solario, y los Boltraffio de la casa Borromeo y los Gaudenzio Ferrari de la iglesia de Saronno, y los Bernardinos de Conti, los Cesare da Sesto, los Marco de Oggionno, los Giampietrino por todas partes esparcidos ! Estos nombres, señora, que no dicen á usted gran cosa, ¡ cuántas y cuán vivas imá-

genes evocan en mí ! ¡ Qué símbolo ! ¡ Cuántas sensaciones causan en nosotros, incomunicables de espíritu á espíritu y de corazón á corazón ! Los maestros de la escuela lombarda representan para mí íntimas sensaciones de arte y parece, sin embargo, al hablar á usted de ello que estoy recitando un catálogo de museo. Señora, tome usted el espejito de sobre la mesa. Vuelva usted á mirarse en él y sabrá la otra razón por la cual tanto amé y sigo amando á la dulce Milán y á sus pintores. Es porque han copiado un tipo de rostro que se asemeja al suyo. Las mujeres tienen todas, como usted, esa frente un poco abultada bajo cabellera oscura con reflejo cobrizo, esos ojos finos de pesados párpados, esa nariz recta unida á la frente por una línea bastante amplia, su boca sinuosa, su barbilla cuadrada, con un lindo hoyuelo y la misma expresión riante en las mejillas. ¿Cuántas veces le he dicho que era usted un Vinci? Usted tomaba mi afirmación por un requiebro de pintor viejo. Eso quisiera yo, y que su hermosura no fuera aquella que tanto he soñado en los cuadros y en las pinturas al fresco de estos pintores, discípulos del divino Leonardo. Siempre han dibujado la misma cabeza. Esta cabeza adorable y la vuestra tienen un aire de familia, ese yo no sé qué misterioso que se encuentra en tantas milanesas bajo la popular mantilla de encaje negro, la *mezzara*, y también bajo el sombrero. ¿Por qué, procurando interpretar el misterio de cierta mirada y de cierta sonrisa, estos discípulos del Vinci han escogido con tanta frecuencia como tema á la Herodiada, la cruel y fría bailarina que en una fuente lleva la cabeza de Juan Bautista? ¿Han significado con esto al admirador de sus obras maestras que desconfíe de esa languidez, tanto más engañadora cuanto que parece más inconsciente, y más parecida al encanto de las flores? ¿Han querido proclamar que la explicación del enigma que duerme en torno de esos párpados y de esas mejillas es la perfidia y la muerte? ¿Han...? ¡ Vanas é infantiles preguntas ! ¿Sabe á veces un pintor lo que pone en un lienzo? El maestro que pintó en 1505 un cierto retrato de mujer, que está en Milán también y del que voy á hablarle ¿sospechaba que, precisamente cuatrocientos años más tarde, uno de sus colegas bárbaros de allende los

Alpes, enamorado de una persona que no lo quiere, — y que jamás lo amará, — vendría á pedir á este perfil la fuerza para no desesperarse?

Yo mismo no sé qué pensar, señora, y el misterio solo es una gracia en las Herodiadas de los museos lombardos. Toda esta charla es para decirle lo siguiente : entre las razones que yo tenía para detenerme en Milán, la más importante en mi apuro de ánimo, era la de volver á ver, no un lienzo, sino un painel acerca del cual hay una leyenda que yo le contaré. El héroe es el maestro mismo, el sublime é incomprensible Leonardo. Hacia este año de 1505, este grande hombre tenía cincuenta y tres años. No era muy feliz. El protector de su juventud y de su edad madura, Ludovico Sforza, denominado el Moro, duque de Lombardía, por la gracia del veneno, pero buen conocedor de cuadros y de estatuas, había tenido que huir de Milán. Leonardo, para ganar la vida había sentado plaza de ingeniero al servicio de otro duque, el de Valentinio, el cual entendía de obras de arte tanto como el primero, y mejor aún de venenos. Este segundo año de Vinci llamábase César Borgia. « Maese Leonardo hallábase en Florencia » dice un cronista que traduzco para usted literalmente, « donde acababa de concluir su célebre cuadro de la batalla de Anghiari, en competencia con Miguel Ángel, cuando emprendió el retrato de la muy noble damisela Cassandra del Rangoni, hermana de la muy noble dama Domitila, mujer de Tito Vespasiano di Messer Nanni Strozzi, y es una de las cosas más extraordinarias salidas de su pincel. La damisela Cassandra está representada de perfil, con una redecilla de perlas en la cabellera, y está tan bien representada que pensaría usted que iba á hablar. Quedó tan encantada de su retrato, que concibió un amor singular hacia el incomparable artista, no teniendo en cuenta que tenía dos veces su edad, y se hubiera casado con él si Leonardo no hubiera marchado para Francia, donde murió. No se casó jamás á causa de su amor por él, lo cual desesperó á sus padres. Hasta pretendieron que Maese Leonardo había influido sobre Madonna Cassandra por un sortilegio, pues se entregaba á esta clase de prácticas y muchos han dicho que había hecho un pacto con el demonio cuando estuvo en

Egipto. Esto explicaría ciertas operaciones maravillosas que había hecho en la Corte del Moro. Sin embargo, no tengo á estas acusaciones de magia por verdaderas, habiéndome enterado por personas dignas de fe, de que murió muy santamente junto al rey cristianísimo Francisco de Francia. »

Perdóneme, señora, que siga contándole esta historia á modo de catálogo. Este pequeño extracto pertenece al género de las notas que se imprimen en texto menudo debajo del nombre de un cuadro cuando se quiere asombrar á los *snoobs*. No he hallado mejor medio para expresarle de qué manera me interesaba este retrato en mi viaje, de modo tan especial. Yo no soy Leonardo y usted es mucho más bonita que Madonna Cassandra. No tengo el mágico pincel que fué el verdadero sortilegio del « incomparable artista ». Con todo, este retrato es la viva prueba de que la juventud no contiene todo el secreto del amor, y de que un corazón femenino puede dejarse prender por prestigios de un orden ideal. « Yo también tengo mi ramita de laurel », pensé, encaminándome al otro día de mi llegada hacia el palacio Varenana donde sabía que se hallaba esta milagrosa imagen de Madonna Cassandra. « Se cita mi nombre. Los cuatro lienzos que tengo en el Luxemburgo no hacen mala figura. ¿Por qué no habré de pintar yo algún día un retrato de *ella* del cual pueda vanagloriarse lo bastante para que... » Ya le he advertido, señora, de que escribía estas páginas con la intención de distraerla.

¡ Ah ! bien quisiera yo que este absurdo discurso, cuya loca vanidad la expreso humildemente, encuentre el camino de ese lugar secreto y tierno de su alma donde crece la florecita color de malva de la piedad. El cielo primaveral de Italia desplegaba un azul bien luminoso por encima de la encanecida cabeza en donde se pronunciaba este discurso. Un sol de gloria brillaba sobre la adorable ciudad milanesa de altas y alegres casas, colocando una especie de aureola en torno de la cabellera de las muchachas que trotaban con leve paso por los sonoros adosquines y sonreían con sonrisa veneciana — su sonrisa de

usted, — sin saberlo. Brisa cargada con la áspera frescura de los ventisqueros alpinos vivificaba la tibia atmósfera. Y le juro que el artista avejentado — casi la edad del Leonardo del retrato, — que pronunciaba estas palabras quiméricas, no tenía ni claro cielo, ni sol ardiente ni brisa reconfortante en su loco y triste pensamiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"

Aodo 1625 MONTERREY, MEXICO

EL actual propietario de la tierna Cassandra dei Rangoni lleva un nombre, señora, que quizás conoce usted por haber encontrado en San Moritz algunos de sus sobrinos ó primos. Llámase el conde Andrea da Varese. Desciende en línea recta de un Andrea Varese que fué decapitado en la plaza pública de Ferrara, el 12 del mes de Agosto del año de gracia de 1662, en compañía de Giovanni Ludovico Pio di Carpi. Habían tramado el asesinato del duque Borso de Este. El heredero de este trágico personaje es un hombre que tiene hoy setenta y un años, cuya noble apariencia no se hubiera despegado en la corte del tirano á quien quiso matar su antepasado. Tal como lo dejé hace un cuarto de siglo, tal lo volví á encontrar después de hacerle pasar mi tarjeta de visita. Tiene ahora el cabello completamente blanco; pero sigue tan derecho y tan delgado. La congestión acecha á su tez demasiada subida de color, innumerables arrugas se ven en su cara; pero conserva aquella nobleza en las facciones que comunica á estos semblantes italianos, cuando son de verdadera raza, una indestructible hermosura. Si yo manejara la pluma lo mismo que el lápiz, le trazaría un enérgico bosquejo de este gran señor dentro del marco del viejo palacio, rebosante de tesoros heredados. De él no diría usted como de mi pobre amigo Miguel Mayence y de su colección, cuando la visitamos, y el propietario se entusiasmaba al enseñarle sus primitivos: « Este no es propietario de su museo, sino el portero... » Rectifico. El palacio Varese no es muy viejo, — para ser de Italia. Data de 1625 y fué construido por el más célebre arquitecto milanés, Francisco María Richini, en estilo barroco

vigoroso y atrevido. La enorme escalera gira bajo un techo de donde cuelgan varios capelos cardenalicios. Los Varese han tenido cinco ó seis cardenales en su familia. Aparecen por todas partes antiguos bajo relieves, incrustados en los muros, y surgen en la rampa de la escalera de vez en cuando soberbios jarrones de mármol. Abundan los criados, lo que prueba la amplia vida del conde, pasada entera en este palacio, su villa de Varese y sus inmensas posesiones. Él mismo salió á mi encuentro y se hallaba en el rellano del primer piso, con esa cortesía algo ceremoniosa característica de las personas de edad en este país. Las anchas puertas de los salones, que se suceden en fila, abiertas tras de su alta silueta, dejaban ver la profusión de cuadros, de muebles raros y de tapicerías que decoraban esta morada en donde habita en medio de tan admirables objetos, solitario, porque nunca se ha casado. Pero imagino que habrá tenido en este libre Milán algún amor á la italiana, fiel y apasionado. Si el conde Andrea no es un personaje de novela, ¿quién lo va á ser? Si no ha conocido secretas y hondas dichas, ¿de dónde vendría esa lánguida expresión que está como esparcida en todas sus facciones tan enérgicas y á las cuales la nariz aguileña daría en otro caso una expresión altiva? ¿De dónde esa tierna dulzura en esos ojos oscuros que lanzan á ratos tan imperiosos relámpagos? Y luego, de no haber sido presa de una intimidad por demás querida ¿no hubiera buscado otro empleo á sus grandes facultades? Su trabajo todo hubiera consistido en clasificar los tesoros acumulados en su casa por varias generaciones de ricos patrios aficionados al arte, á eliminar los dudosos, completar el conjunto, y escribir él ó mandar que se escribiera acerca de ellos un libro que no existe en el comercio. La pequeña nota citada más arriba, la he tomado de una cita de un manuscrito de la *Biblioteca Estense* en Módena. Este pequeño detalle tiene su importancia; ya verá usted por qué. Y ahora, señora, que le he presentado al digno propietario del Leonardo, — sí, tenía usted razón; ciertos coleccionistas ultrajan por su sola existencia á los cuadros que han comprado con su dinero — llevo derecho á nuestra conversación del primer día. Prescindo de los cumplimientos que en su calidad de huésped,

el conde Varenana creyó de su deber multiplicar conmigo acerca de lo ilustre de mi nombre, mi condecoración de comendador, mi futura entrada en el Instituto, mis antiguas ó nuevas obras y sus excusas infinitas por no conocer tantas maravillas sino por la fotografía.

— No soy más que un pobre provinciano, decía, no he ido á París sino dos veces desde que vino usted aquí de muchacho. ¡No fué ayer!

— ¡Me lo explico perfectamente! le contesté. Yo sí que no viajaría jamás si tuviera su palacio, sus cuadros, su cielo.

El milanés movió la cabeza modestamente. Los italianos son así. Estos eternos paganos ¿tienen miedo quizás de provocar á la mala suerte que sus antepasados personificaban en Némesis, la ejecutora de la envidia de los dioses? ¿Temen acaso la envidia más cierta de los hombres? Observo que siempre retroceden ante un elogio excesivo. En este caso, deprecian humildemente lo que poseen y de lo que en el fondo están tan orgullosos.

— ¿Mi palacio? dijo Varenana, ¡si se está desmoronando!... ¿Este cielo azul? pero ¡si Milán durante el invierno es la Siberia!... ¡En verano es el Sahara!... ¿Mis cuadros? ¡Los he visto tanto, y luego son poca cosa!...

— ¿Y vuestro Leonardo? ¿Se atreve usted á decir que es ordinario?...

En cuanto hube pronunciado esta frase destinada á apresurar mi visita á los salones y mi peregrinación al retrato de la dama que se parece á usted, creí discernir en las facciones y los ojos de mi interlocutor una sombra que se extendió por ellos. Su mano — la tiene muy hermosa y la muestra con satisfacción, — crispóse sobre una de las chucherías puesta al lado suyo, un ancho puñal de misericordia con puño cincelado de oro y acero. Sin duda mi pregunta acerca del Leonardo le era penosa, pues como mis ojos siguieran su gesto, dijo:

— ¡Ah! ¿le interesa este puñal? Y tendiéndomelo añadió:

— Confieso que por lo menos este objeto no es ordinario. Es una *lengua de vaca* regalada por el emperador Carlos V después de Pavía á un Varenana que se había distinguido en la batalla... Luego, después de un silencio,

y bruscamente, como persona que juzga infantil no ir directamente al hecho, por muy penoso que sea: « ¿Mi Leonardo? ¿No le han contado, pues, que ya no es un Leonardo?... »

— ¿Ya no es un Leonardo?... pregunté. Mi sorpresa, que no era fingida, procuró al buen señor una especie de consuelo.

— ¿Entonces, dijo, no se lo han contado todavía?... Ya llegará... Por cierto, y su semblante tradujo la determinación dolorosa del coleccionista demasiado enamorado de sus prendas para no querer que todas ellas sean auténticas, por cierto vale más que así sea. Ya que sé que no es un Leonardo ¿qué me importa que todo el mundo diga: Es un Leonardo... Y no lo es ¡ay! Mire usted, juzgue por sus propios ojos, ahora que se lo he dicho...

Se había levantado y con paso, que aun era ágil, me llevó á través de las habitaciones. Nosotros, los pintores, tenemos todos, más ó menos, la memoria visual. Recordaba al cabo de tantos años el arreglo interior de aquellos salones con bastante exactitud para darme cuenta de ello: Varenana había cambiado de sitio el retrato. Lo había desterrado del caballete donde figuraba en lo que llamaba él su *tribuna*. ¿Usted, señora, ha ido á Florencia? Recordará en los *Oficios* la sala octógona que lleva este nombre donde brilla en su espléndida desnudez la Venus acostada del Ticiano. Allí es donde los duques de Toscana habían reunido las joyas de su galería. El conde también tiene maravillas en su *tribuna*: un Francisco Francia que sería difícil de desbautizar. Está firmado: « *Vincentii Desiderii Votum — Francie Expressum Manu...* » Pero no se trata aquí de Francia ni de la tribuna del palacio Varenana, sino del Leonardo — ó ex-Leonardo — su caballete, una maravilla de atril piadosamente adaptada á este uso profano, llevaba luto en forma de un viejo infolio encuadernado en cuero negro y con clavo de plata. El cuadro mismo había sido transportado á la última habitación oscura donde se amontonaban sin orden chucherías de segundo mérito, relativamente á esta colección. El cuadro, que yo en seguida conocí, estaba colgado en la pared á contraluz. ¡Ah!

era en efecto el perfil delicioso del cual me acordaba y me lo pareció aun más á causa de su aire de familia con otra dama, aquella en compañía de la cual oía yo cantar algunos días antes :

... Puisqu'ici-bas toute à me  
Donne à quelqu'un  
Sa musique, sa flamme,  
Ou son parfum... (1)

La finisima línea de la frente, tan inteligente, la de la nariz tan delicada, la de la boca tan flexible, tan tierna, destacábanse sobre un fondo muy oscuro, una pared cubierta de un tapiz verdinegro en el cual se abría una pequeña abertura. Un paisaje inmenso y acabado se veía por allí. Componíase de un río sinuoso entre castillos, con ventisqueros azulados en lontananza. Las perlas de la redecilla brillaban en la obscura cabellera, apretada como la de Aretusa en las medallas siracusanas. Otras perlas, mezcladas con rubíes, bordaban el terciopelo de la chaqueta. Un ardiente color de ámbar, el que desde entonces ha buscado Henner, estaba esparcido por la carne del semblante y de las manos. De nuevo sentí la sensación de la obra maestra y exclamé, después de unos minutos de contemplación silenciosa :

— Le afirmo que le han engañado. ¿De quién quiere usted que sea este milagro de arte sino de Vinci?...

— ¡Magari! (2) contestó el conde Varenana con un suspiro. Pero ya mi amigo el senador Morelli me había inspirado dudas... ¿No ha conocido usted á Morelli? ¿No?... ¿Pero habrá oído usted hablar de sus libros?... Tampoco. ¡Ah! ¡qué feliz es usted!

— ¿Y por qué? pregunté yo.

— Porque usted puede admirar con tranquilidad las obras que le agradan sin que el demonio de la crítica venga á decirle al oído : ¿Estás bien seguro de que este cuadro sea auténtico?... Por cierto que este Morelli era

~~~~~  
(1) Ya que en la tierra toda alma á alguien da su música, su llama ó su perfume...

(2) ¡Ojalá!

un hombre de mucho gusto é ingenio. ¡Cuántas exquisitas tardes he pasado con él aquí! Aun me parece verlo con su sonrisa burlona que se perdía entre un bigote y una perilla que le daban aspecto militar. Su tesis favorita era que durante los tres ó cuatro siglos que nos separan del *Quattrocento* y del Renacimiento, las fes de bautismo de los cuadros han sido falsificadas en enorme proporción. ¿Tenía alguna familia un lienzo de la escuela de Luini? Pues para darle valor ha debido llegar bien pronto á decir que el cuadro era del propio Luini. Los mercaderes que vendían lienzos á los aficionados, han debido también ennoblecer todo lo posible su mercancía, y los aficionados insistir sobre ello después de comprar el cuadro. Ha sido menester todo mi honor de hidalgo para substituir en este cuadro un nombre por otro...

En efecto, observé que una delgada lámina de cobre grabado estaba colocada debajo. Se leía en ella, en vez del prestigioso : « Lionardo da Vinci » estas palabras que el conde iba á explicarme : « Amico di Solario. 1515. »

— Hasta ahora nada hay aquí que no sea discreto, prosiguió, y lo mismo puede decirse de la idea de Morelli de que los dibujos de los maestros han debido ser, por el contrario, muy poco sofisticados. No han sido rebuscados sino por conocedores que apreciaban sobre todo la autenticidad. He aquí, pues, un procedimiento acertado para comprobar los lienzos : compararlos con los dibujos de los artistas á los cuales se atribuyen. En estos dibujos apreciamos netamente los procedimientos propios de cada pintor y que constituyen su verdadera firma, la que ningún falsificador pudiera imitar : primero las extremidades. ¡Era menester oír á Morelli describir las manos de las figuras de Boticelli, huesudas, con uñas cuadradas!... Luego vienen las orejas, los cabellos, los pliegues de las telas... Cuando estas particularidades, bien observadas en los dibujos, faltan en los lienzos, éstos no son del mismo maestro que los dibujos, siempre que estemos seguros de la autenticidad de éstos. ¿Comprende usted la fuerza del razonamiento?...

— Sobre todo comprendo su sutileza, contesté. Un maestro puede variar su manera...

— Sin duda, sin duda... contestó el conde. Pero hasta



cierto punto y no más allá... Además los hechos son los hechos. Con este principio, Morelli ha renovado la historia del arte italiano. Yo le prestaré sus obras, ¡verá qué fuerza de lógica, qué penetración! Ha tenido también discípulos muy notables, los Venturi, los Freizzoni, los Berenson... Y luego ha venido, como siempre, la turba de los imitadores. Ahora es un furor, una enfermedad. En cuanto un cuadro no está autenticado por testimonios contemporáneos, absolutamente indiscutibles, surge un crítico que pone en duda la autenticidad. Apenas si esos caballeros dejan á Leonardo, para volver al tema, la Gioconda y dos ó tres obritas. Ya no hay un Giorgone cierto. Todos los Ticianos se transforman en Bonifazios. Se ha imaginado una dinastía: Bonifazio I, Bonifazio II y Bonifazio III. Yo llamo iconoclastas á estos desbautizadores. Pero, concluyó con un suspiro, éstos á veces han derribado estatuas de falsos dioses...

— ¿Entonces este cuadro?... pregunté señalándole el que había servido de pretexto á esta disertación. Usted me perdonará la pedantería, señora; era necesaria para dar un sentido á lo que sigue de esta historia. Además podrá usted, al citar estos nombres de críticos y estas pocas ideas, burlarse un poco de todas sus amigas *intelectuales* que quieren estar al corriente de todos los adelantos.

— Este cuadro era un dios falso, contestó el viejo coleccionista. El senador Morelli lo había sospechado, ya lo he dicho. Podrá usted observar inexactitudes en el dibujo. Mire, en la línea del cuello, en la forma de la cabeza, visible por debajo de los cabellos. ¡Pero Leonardo había estudiado tanto la anatomía! Las telas son rígidas, ligeramente tratadas y usted sabe cómo se preocupaba de la flexibilidad en los vestidos... Entorne usted los ojos aquí, á esta distancia. Este modelado no es suyo. Vuelva usted á abrirlos, para formar una impresión de conjunto. Hay algo de flamenco en esta pintura. Sí, esto es lo que me decía Morelli, y luego yo le recordé el retrato de Isabel de Aragón. Por cierto que este fué el motivo que le hizo examinarlo. Sacó la conclusión de que esta mujer de la Ambrosiana era de un cierto Ambro-



El conde Andrea de Varese.

gio de Predis. ¡Pero esto! ¡nunca jamás!... En vez que éste... Mire usted primero la inscripción...

Tomó entre sus viejas manos, trémulas de emoción, el objeto en litigio y volviendo el cuadro me enseñó estas palabras escritas sobre la madera: *Di Leonardo, pittore fiorentino.*

— He aquí, prosiguió, la prueba que había adivinado Morelli. Ciertamente usted no recordará que en mi antiguo catálogo había

yo hecho copiar una página tomada en un manuscrito del notario de Ferrara Hugo Caleffino, que se encuentra en la *Biblioteca Estense*, de Módena. Existe otra copia en el *British Museum* hecha por el mismo personaje, un cierto Julio Mosti. Solamente la del *British*, lo que yo no sabía, tiene su fecha, 1581. La página en cuestión es una nota especial de este manuscrito de Módena. Falta en el de Londres. Al examinar cuidadosamente este manuscrito de Módena, he visto que esta nota no era de la misma letra que el contexto. Al contrario, es de la misma que las palabras trazadas al reverso de este cuadro. La nota, pues, ha sido escrita por la

misma mano que indicó á Leonardo como autor de este cuadro y sin duda posteriormente á 1581. Cuando me hicieron presentes esos detalles, hice practicar investigaciones en mis archivos y encontré la carta por la cual este cuadro fué ofrecido en 1745 á mi tío abuelo el cardenal Varenana, fundador de este pequeño museo. Esta carta, estudiada al microscopio, reveló la misma mano que ha trazado el *di Leonardo, pittore fiorentino* y fabricado la nota del manuscrito de Módena. ¿Por qué? Es demasiado claro. Es un monseñor Pierotto, abate poco escrupuloso, el cual, teniendo en su poder este cuadro, le ha constituido de tal forma un estado civil, quizás de buena fe, hablo de la atribución, pues hemos descubierto también que el retrato era conocido en Módena, donde le llamaban la *Hermana de la Gioconda*.

— Puede ser de Leonardo á pesar de su falso estado civil, interrumpí yo, y hasta representar á una hermana de la Gioconda.

— Monna Lisa no tenía hermana, contestó el conde, lo mismo que Domitilla dei Rangoni. Está demostrado con documentos incontestables. Además he aquí lo que decide en definitiva: Existe en la Academia de Venecia un dibujo de la misma cabeza, oye usted, exactamente la misma, con las mismas perlas, ó casi las mismas. Las variantes son insignificantes. Es, sin duda alguna, un estudio para este mismo retrato. Los trazos de lápiz en este dibujo dirigen de derecha á izquierda, y en todos los dibujos de Leonardo, van de izquierda á derecha, porque Leonardo dibujaba, lo mismo que escribía, con la mano izquierda. Si esto no es una demostración para usted, ¿qué le falta?...

— ¿Qué es lo que me hace falta? Un autor para esta obra maestra... contesté. Me cuenta usted una historia de una ingeniosidad sorprendente, convengo en ello, pero soy pintor, sé que los cuadros no se fabrican solos, por generación espontánea. Si éste no es de Leonardo que ha hecho la *Belle Ferronniere* del Louvre y la *Isabel de la Ambrosiana*, ¿de quién es? ¿Quién este *Amico* que no ha pintado nunca más que esta maravilla y se acabó?...

— *Amico* no es un nombre, dijo el conde Varenana.

Uno de sus compatriotas, un crítico de arte, de gran porvenir, el señor Courmannel, ha sugerido la existencia de un artista estrechamente relacionado con Andrea Solario, el amigo por excelencia de este pintor. Sabemos que este maestro fué llamado de Milán á Francia por indicación de Carlos de Chaumont para decorar el castillo de Gaillon, perteneciente al cardenal de Amboise. El señor Courmannel ha encontrado aquí varias cartas de Andrea donde éste habla con extraordinario elogio de un su discípulo, un cierto Cristóforo al que había llevado consigo. El dibujo, pues, que está en Venecia, presenta la particularidad de que, apuntado en el catálogo de Andrea Solario, lleva una firma borrada donde el señor de Courmannel ha llegado á descifrar una X... Era la primera letra de la palabra *Xofofi opus — obra de Cristóforo*. Esto fué un rayo de luz. Andrea dejó á Francia en 1509 ¿para ir dónde? á Amberes cuya escuela ejercía entonces una atracción tan poderosa sobre los pintores italianos. Su discípulo se hallaba con él. Así se explica la mezcla de finura lombarda y de precisión flamenca que se ve en este retrato, tanto como en los cuadros de Andrea de esta misma época, por ejemplo el *Ecce Homo* del Poldi... Lanzado sobre esta pista, el señor Courmannel se preguntaba si este Cristóforo que ha podido ejecutar un retrato de esta fuerza, no había producido un cierto número de las obras atribuidas á Solario. Confieso que no lo seguí en esta vía, porque después de todo esta X del dibujo era dudosa. Me extrañaba que ninguna otra huella se hallara en parte alguna... Esta huella existe. Tenemos un cuadro muy notable que recuerda mucho á mi falsa Cassandra y éste está firmado con todas las letras *Xofoforus Mediolanensis* y fechado en 1517... Está en casa de la marquesa Ariosti, una lejana prima mía. Lo heredó de un viejo comensal de la casa, una especie de parásito que servía de cabeza de turco á todo el mundo, un conde, Francisco Pappalardo. Era un viejo maniático que gastaba su escaso dinero en comprar cuadros. No tenía más que una docena de primer orden. Todos fueron al museo de su villa natal excepto éste, que es un retrato también. En casa de mis primos se le había tratado tan mal, que tenía derecho de aborrecerlos. ¡Y les deja esta pintura que va

á alcanzar un precio inestimable ahora !... Me extraña que no haya usted oído hablar de este descubrimiento del señor de Courmansel. Todas las revistas de arte, no sólo de Francia é Italia, sino también de Alemania y de América han movido ya discusiones apasionadas, no acerca de la existencia del Amico di Solario, la cual no es dudosa, sino acerca de la extensión de sus trabajos. Se le va atribuyendo gran parte de la obra de Andrea: la *Virgen del almohadón verde* y el retrato de Carlos de Amboise en el Louvre, unos *Tondi* de César da Cesto, de Marco de Oggionno, de Boltraffio. Sostiene el señor Courmansel que el retrato de la Ambrosiana es suyo. á mí me basta que haya hecho este cuadro, añadió, y dió un profundo suspiro mientras colgaba de su clavo correspondiente la imagen de la falsa Casandra. Luego, con esa soltura tan graciosa con que los italianos expresan de manera intraducible cuando llaman á alguien *simpático*: « ¡ Bah ! exclamó, para algo sirve la desgracia, como ustedes dicen. Mi pobre dama ha perdido su pintor, pero este joven Courmansel ha hallado una mujer encantadora. Es el novio de una muchacha, una tal señorita Boudron, cuyo padre ciertamente no se la hubiera otorgado sin su descubrimiento. Este Boudron es un antiguo comerciante que se ha improvisado aficionado al arte, después de haber hecho su fortuna, y que se ocupa especialmente de los primitivos, ¡ un original !... Pero usted lo encontrará seguramente á poco que permanezca en Milán. Se hallan aquí. El joven Courmansel está terminando su libro sobre Cristóforo Saronno. Es el nombre que sugiere ahora. Sus inducciones le han hecho creer que su artista era de esta pequeña ciudad. Saca la consecuencia de que debió tomar su nombre como Andrea había tomado el de su patria, Solario, una aldeita de la provincia de Como. Son muchas hipótesis, pero ¡ *sara* !... »

## IV

HACE tiempo, señora, que llamo á nosotros los parisienses, los provincianos de Europa. Pasamos sin cesar respecto de todos los incidentes de la vida artística que se verifican lejos de los bulevares, por alternativas de ignorancia y de admiración excesivas. Así nos ha sucedido acerca de los músicos alemanes y los prerafaelistas ingleses, los novelistas rusos y los dramaturgos noruegos. Espero el momento en el cual la pandilla de estetas gomias y de papanatas refinados que fabrican entre nosotros la moda, se va á apasionar por los desbautizadores de obras maestras. Entonces el *Amico di Solario* será el autor de la *Gioconda* y el señor Courmansel el invitado de todos los salones en donde se conversa. — El suyo hubiera sido uno de ellos, señora, si... Y yo mismo hubiera llegado tal vez á ser el *cornac* de este joven y de su *Amico* para usted y las preciosas necias sus amigas, — perdón — si... Toda esta historia no es más que el comentario de estos *si* y de estos puntos suspensivos. Pero no había ni *si* ni puntos suspensivos en mi espíritu, se lo juro, cuando salí del palacio Varenana por la estrecha y fresca vía Bagutta donde se eleva éste, algo humillado de mi total falta de erudición crítica, avergonzado de haberme dejado hipnotizar ingenuamente desde mi juventud con las imposturas del monseñor de Módena, mas, á pesar de todo, distraído por la bonita tarea de rebusca, iba á decir de policía, á la cual se ha entregado nuestro compatriota, y en el fondo dispuesto á olvidar á Courmansel, al conde Varenana, á la dama que había perdido su pintor, al *Amico di Solario*, y muchas otras cosas más, delante de una fotografía que no le describiré. La tarde en la cual usted me la